

Nunca tan pocas páginas, sólo 32, causaron tanto revuelo y tanto impacto. Sacarlas de la lectoría secreta de los Médicis para darlas a la luz pública dio lugar a incidentes plenos de significación. No se olvide que el editor Waldseemüller lo incluyó en su *Universalis Cosmographia* (1507) para satisfacer la curiosidad de sabios, comerciantes y príncipes, quienes no sabían discernir si estas cartas pertenecían al género de la geografía, la historia, la navegación o la pura invención. Estas pocas páginas fueron suficientes para que Vespuccio pasara a la inmortalidad y este continente sea bautizado con su nombre.

Pero en esto hubo algo de picardía (que también hizo tradición). Como lo muestra Magnaghi con documentos en la mano, para satisfacer a sus ávidos lectores el perspicaz impresor «editó» las tres cartas a los Médicis como cuatro relatos de viaje (de 1497 a 1504), titulando, de su propia inspiración, el tercer relato como *Novus Mundus*. Con lo que afiebró más las mentes de la época (incluidas la de los inquisidores), pues hacía decir a Vespuccio que existía realmente un nuevo mundo en la ruta de Europa a las Indias, yendo por occidente (el crucero iniciado por Magallanes y concluido por Elcano que comprobó, por la vía de los hechos, la redondez de la tierra se produjo dos décadas después).

¿Se puede decir entonces que América lleva en su nombre un sino utópico, de invención e innovación? En todo caso, gracias a un inspirado editor —emblemático del modo como Europa miró a América— ésta se volvió el lugar de los sueños ajenos, el territorio de la Arcadia, donde nacía el hombre bueno, no habían jerarquías y las mujeres andaban desnudas. Fue una mirada que ha echado raíces, pues es como un retrato original.

Este modo subjetivo que ha tenido el europeo de mirar históricamente a América se ha sedimentado en la memoria, se ha enraizado en la mentalidad de Europa, pero también en la del hombre americano, al punto que, por ejemplo, cree que la otredad americana, es decir su propia realidad, puede caber en categorías exotistas como «realismo maravilloso» o «realismo mágico», propias para la literatura. Se ha levantado un muro de opacidad que vuelve ininteligible la realidad, y hace particularmente difícil la empresa epistemológica de acceder al conocimiento esencial de América.

¿Cuál es la «génesis del discurso utópico»? En puridad, con el Renacimiento, Europa hizo un doble descubrimiento: de la antigüedad greco-romana y de América. Gracias a la invención de la imprenta, se difundieron ampliamente los antiguos tratados de Aristóteles, Platón, la cosmografía de Tolomeo, las historias de Herodoto, salió a flote todo ese mundo de héroes, navegantes, silvanos, ninfas y náyades. Y volvie-

ron a nacer en el imaginario europeo la *animalia monstruosa* que se contaba en la antigüedad. Y fue con este conocimiento y estas imágenes acopiadas, no hay que olvidarlo, que Europa miró y creyó entender a América, pues era entonces el conocimiento sabio, erudito, que hacía *auctoritas*.

Casi todos los cronistas, del *Diario* de Colón a las relaciones oficiales a la Corona, hablan de América en términos propios del Renacimiento. La antigüedad helénica se consideraba la referencia canónica, el modelo clásico, y todo se medía en referencia a ella. ¿Se trataba de adornos eruditos, arcaísmos o anacronismos? No, era el conocimiento «objetivo» que Europa había acumulado y con esos «conceptos» interpretó e imaginó a América, y por esa vía muchas veces la inventó. Un ejemplo característico es el de Juan de Castellanos, conquistador ilustrado, que prefirió los versos –¡y escribió 144 mil!– para contarnos la historia del primer encuentro:

La reacción de los indígenas:

Salían a mirar nuestros navíos,
 Volvían a los bosques espantados,
 Huían en canoas por los ríos,
 No saben qué hacerse de turbados:
 Entraban y salían de Buhíos
 Jamás de extraña gente visitados;
 Ningún entendimiento suyo lleva
 Poder adivinar cosa tan nueva

La de los peninsulares:

Ansimismo de nuestros castellanos
 Decían, viéndolos con tal arreo,
 Si son sátiros éstos, ó silvanos,
 Y ellas aquellas ninfas de Aristeo:
 O son faunos lascivos y lozanos,
 O la nereides, hijas de Nereo,
 O driades que llaman, ó náyades
 De quien trataron las antigüedades.

II

Se recordará que *Utopía*, escrita por Moro en 1516, se sitúa en la base de la renovación de un pensamiento político que marca a Europa;

pero la Utopía no se puede concebir si no aparecen previamente dos libros: *Las cartas* de Américo Vespuccio —que Moro cita de modo explícito— y *Las Décadas* de Pedro Mártir de Anglería.

Las Cartas de Américo se comienzan a publicar desde 1504 y en 1507 circula una edición completa que hace un geógrafo de la Lorena, Waldseemüller. Ya señalamos que en esa edición, Vespuccio menciona el Nuevo Mundo. Utiliza esta expresión de modo genérico. De modo que en esos años cuando se hablaba de algo paradisíaco se entendía que se estaba hablando de las tierras de Américo, y luego se dijo simplemente, América. El otro texto que va a provocar un impacto enorme, es una especie de primer retrato de América en la mente de Europa. Son las diez *Décadas* de Pedro Mártir. ¿Quién es este autor? Es un «agregado» italiano a la corte española, un hombre ilustrado que funge de corresponsal sin desplazarse a América. Lo que hace es informarse, hablar con todos los viajeros que regresan del Caribe a España —todavía no ha aparecido la Tierra Firme— con quienes conversa ampliamente, indaga y acumula notas para escribir sus *Décadas*. Estas comienzan a publicarse por entregas a partir de 1511 y adquieren una gran popularidad en Europa. Es en ellas donde se observan ya las primeras señas del encontronazo entre Europa y América, porque se comienzan a perfilar los primeros elementos de lo que después serían teorías políticas o percepciones del hombre americano. ¿Cuáles son estos elementos?

La «condición natural» del hombre americano, idea que encontrará su mayor desarrollo con Rousseau dos siglos después, es una especie de filosofía naturalista que elogia al *buen salvaje*. Hay una aparente antinomia en esta expresión barroca: se habla de un hombre que es bueno porque es salvaje, lo que equivale a decir que lo bueno se encuentra sólo en estado natural. Incluso Pedro Mártir habla de un «filósofo desnudo» refiriéndose a la sabiduría de un taíno, con lo cual quiere advertir sobre la presencia de una *inteligencia natural* (otra aparente antinomia).

De modo que América aparece así en la imagen de Europa, percepción que no era del todo falsa. Mártir de Anglería ve la sapiencia americana de este modo: «Tienen ellos que la tierra así como el sol y el agua es común y que no debe haber entre ellos mío y tuyo...» Nótese que no debe haber entre ellos mío y tuyo, o sea, la propiedad. «Semillas de todos los males, es el mío y el tuyo, pues se contentan con tan poco que en aquel vasto territorio más sobran campos que no le falta a nadie nada».

En Mártir aparece de modo recurrente esta idea, que fue una revelación para Europa, que los europeos cuando llegaron a América no tenían que sembrar nada, sólo tenían que estirar la mano y tomar los frutos de la tierra, cosa que era impensable en Europa donde había que sembrar, había que respetar las estaciones. Allí la primavera era permanente, dice: «... sobran campos que no le falta nada a nadie, territorios suficientes, para ellos es la Edad de oro, no cierran sus heredades, ni con fosos, se las tienen ahí, no hay candados, no hay puertas. ni con palos, ni con paredes, ni con setos, viven en huertos abiertos, sin leyes, sin libros, sin jueces, de su natural; veneran al que es recto, tienen por malo y perverso al que se complace en hacer injuria a cualquiera, sin embargo cultivan el maíz, la yuca y los ajos.» Visión que luego se repite con los descubrimientos del mundo mesoamericano y del mundo andino.

Pero existe un libro muy poco conocido que aparece un poco más tarde, en 1534, en una editora de Lyon, en la misma casa editorial donde Rabelais publica sus obras. Pantagruel, el personaje de Rabelais, viaja en un estilo y un género que constituye la primera forma de la novela moderna, que combina la realidad y la fantasía. En su ruta viaja hacia «el oriente», sin embargo, según la descripción, es hacia Occidente donde va, y se puede advertir que las cosas que dice Pantagruel son del Caribe y provienen de las *Décadas* de Pedro Mártir de Anglería: las sirenas, los manatíes, las pepitas de oro, los pájaros que se reproducen en el aire...

En esta misma casa editorial, la Notre Dame de Comfort, se publica un libro pequeño, que circulará mucho y marcará la mente de sus lectores: *Nouvelles certaines des isles du Pérou*, de autor anónimo. Resulta sorprendente, porque cuenta la prisión de Atahualpa por Pizarro, ocurrida en Cajamarca en noviembre de 1532, y menos de dos años después ya circula como novedad por Europa (pude obtener una copia del ejemplar único existente en el British Museum). Lo que se cuenta allí hace tangible toda la historia referida al ahorcamiento de Atahualpa y al posterior transporte del oro y de la plata incaicos –que pasa por Cartagena de Indias y Santo Domingo– hacia España.

El padre Bartolomé de las Casas, que se encontraba en Santo Domingo, da fe de los barcos que pasan llenos del tesoro con el cual Atahualpa había pagado su rescate, que nunca se produjo. No aparecen las medidas exactas del cargamento, pero lo que importa destacar es la relación detallada del cargamento y las circunstancias de la ejecución de Atahualpa. Desde entonces se popularizó en Francia y Europa la expre-